

Biografía

Sylvia Plath

Linda W. Wagner-Martin

Circe. Barcelona, 1989



«**D**E verdad creo que si sigo trabajando llegaré a ser algún día una buena escritora menor». Es todo el mensaje de aliento y sarcástica modestia que Sylvia Plath transmite a su madre días antes de abandonar su América natal rumbo a Inglaterra, con una beca para la Universidad de Cambridge. Tenía entonces veintitrés años—nació en 1932—y ya había atravesado el umbral de la normalidad con los comienzos de una carrera literaria brillante y obstinada.

Sylvia Plath fue una niña meticulosa y perfeccionista, una adolescente enfebrecida con la escritura y con una lista de pretendientes que a toda costa estaba empeñada en superar día a día, y finalmente se había confirmado como una universitaria destacada, con éxito notable en sus primeras publicaciones y sus relaciones amorosas, las cuales empieza a sentir como amenazadoras para sus resoluciones profesionales. Pero, al tiempo que se confirmaba en su empeño de dedicarse plenamente a escribir, Sylvia Plath atraviesa su primera crisis nerviosa, que, después del intento de suicidio se disipará de forma sorprendente con el proyecto del viaje a Inglaterra que airea momentáneamente su borrascoso panorama interior.

Al año de empezar su aventura en Cambridge, cae de nuevo en un estado depresivo del que saldrá con Ted Hughes de la mano, casados y embarcados en un proyecto común pleno de esperanzadas oportunidades para ambos escritores. Sylvia había leído unos poemas de Hughes que la habían impresionado, y cuando lo conoció, comprendió que la vida y la literatura le brindaban su gran ocasión. No la desaprovechó: se casó con el prometedor poeta inglés, tuvo con él dos hijos, siempre a regañadientes se hizo cargo de la tarea que le tocaba como mujer de escritor que empezaba a ser famoso, mientras ella deponía su labor literaria en favor de sus obligaciones domésticas.

Entre la adversidad económica y emocional, brillaban aún rachas de ilusión y trabajo fruc-

tífero, porque es entonces cuando Sylvia Plath comienza a dar lo mejor de su poesía, al tiempo que decide terminar la novela «La campana de cristal». Parece que entre el descontento aceptado de su situación, Sylvia Plath consigue una incipiente estabilidad literaria. Estabilidad que no tardará en quebrarse con la sospecha y confirmación de la infidelidad de Ted Hughes, el consiguiente desorden vital y emocional de la separación y finalmente el suicidio de Sylvia Plath, el mes de febrero de 1963.

Es entonces cuando su obra empieza a ocupar el lugar que merece. Los últimos poemas de la escritora, reunidos en el libro «Ariel», de soberbia fuerza expresiva, serían la obra que haría de ella una poetisa indiscutible. Aparte de su consagración póstuma en América con el premio Pulitzer en el 82, no es necesario mencionar las constantes reediciones de su novela y de sus poemas. En español Jesús Pardo, Ramón Buenaventura y Elena Ruiz se han ocupado de traducirla en Plaza & Janés, Hiperión y Edhasa respectivamente.

Contamos, además, con la reciente publicación de «Cartas a mi madre» en Grijalbo, que reúne su correspondencia familiar de importancia trascendente, y la traducción de «El libro de las camas» en Espasa-Calpe.

Finalmente, para conocer mejor en la medida de lo posible a Sylvia Plath, contamos con esta biografía, imprescindible por la talla literaria del personaje, aunque excesivamente lineal y quizá poco centrada en la aventura literaria que se nos antoja de mayor alcance que los innumerables asuntos y anécdotas que la biógrafa está empeñada en retratar. Quizá merecieran más páginas los últimos años de vida, en los que desarrolla su verdadera obra, que es lo realmente interesante y lo que marcó siempre la pauta de la vida de Sylvia Plath.

Luisa CASTRO

ABC, 16 Diciembre 1989

El intenso teatro que se oculta en la poesía

Por Juan Abeleira

Tres Mujeres no es, en sentido estricto, una pieza teatral. Cuando Sylvia Plath, marzo 1962, casi un año antes de su desalentador suicidio, concluyó este "poema para tres voces" era frecuente entre autores de distintos géneros escribir ciertos textos destinados a la Radio, un medio que, por aquel entonces, rechazando el avance corrosivo de la T. V., continuaba siendo mayoritario.

Existían precedentes. La BBC de Londres, donde fue estrenada, había retransmitido algunas de las obras que, de uno u otro modo, pudieron haberle impulsado a semejante experimento formal, inusitado en su carrera: "All that fall", "Embers", o "Words and Music", de Samuel Beckett; "The Wound" de Ted Hughes, su marido; y, sobre todo, "Under Milk Wood, a play for voices", de Dylan Thomas, poeta con quien le unía una feroz afinidad, y a quien pudo escuchársela, de viva voz, en 1953.

Aparentemente, el argumento no puede ser más sencillo: tres mujeres de diversas edades, profesiones y actitudes vitales (escisiones semiautobiográficas de su creadora) expresan la transformación que en ellas opera la maternidad y los sentimientos enfrentados que tal hecho les produce. Al hilo de los acontecimientos -ingreso, parto, postparto, salida del hospital-, entrevemos que la primera mujer lo acepta dichosa, la segunda, angustiada, sufre un aborto, y la tercera, aun sintiéndose culpable, decide abandonar a su hija.

¿En dónde radicaría, entonces, la importancia de esta

pieza, tan nimia en recursos dramáticos, tan carente de espectacularidad, para unos profesionales del Teatro?

Yo diría que en su propia desnudez. Pues, si por algo se considera a Sylvia Plath como una de las líricas más intensas de este siglo ya agonizante, es por haber sabido dotar de un armazón poético difícilmente igualable a temas que antaño parecían anodinos o exentos de cualquier valor literario, máxime, claro está, todo cuanto era relativo a la verdadera esencia de la mujer, no a la imagen sublimada que de Ella poseía el hombre.

Además, esa misma desnudez -nítida, imperfecta pero exacta-, esa falta de configuración escénica -¡que no dramática!-, lejos de cerrarlo, abriría un abanico de posibilidades infinitas en manos de cualquier director imaginativo. De hecho, tal es la impronta (calidad literaria, alma subterránea, limpidez extrema) de los mejores textos teatrales de todos los tiempos, desde Sófocles a Heiner Müller, hilando a Büchner o a Beckett, por ejemplo. ¿O qué otra cosa son "Edipo Rey" o "La Máquina Hamlet" sino terribles poemas desnudos? ¿Qué son "Woyzeck" o "Esperando a Godot" sino "poesía puesta en pie", vestida de carne y huesos?

El mejor teatro lo han escrito siempre los poetas, afirmaba, con sobrada razón, García Lorca; y los citados Beckett o Müller no intentan, según admiten ellos, sino iluminar las sombras que entenebrece "el gran escenario" con auténtico lirismo.